

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

ILMO. SR. DON ÁLVARO SALVADOR JOFRE

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA

Y

CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. D. EDUARDO CASTRO

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO

DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

EL DÍA 5 DE JUNIO DE 2006

GRANADA

MMVI

Edita: © Academia de Buenas Letras de Granada
academiabuenasletras@hotmail.es
Imprime: La Gráfica S.C.And. - Granada
Depósito Legal: Gr-1.095/2006
I.S.B.N.: 84-934816-3-7 / 978-84-934816-3-6

DISCURSO

DEL

ILMO. SR. DON ÁLVARO SALVADOR JOFRE

Granada en la poesía del regreso
de Rafael Alberti

Excmo. Sr. Presidente,
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,
Señoras y Señores:

“Nunca entré en Granada”
(Rafael Alberti)

LA crítica especializada suele hablar de dos épocas o etapas en la trayectoria poética de **Rafael Alberti**: una primera que se resolvería entre la tensión que marca la necesidad elegíaca, el canto a la pérdida del “paraíso perdido”, la “arboleda” perdida de la infancia y la solución al conflicto que el poeta busca en el himno a las muchedumbres —el canto a los pueblos del poeta en la calle—, y una segunda época, la de la poesía trasterrada, en la que el poeta se refugia de nuevo en el canto elegíaco, en este caso en la elegía de una España que, en esos años, parece definitivamente perdida: “Hoy las nubes me trajeron/ volando el mapa de España...” Pero ¿qué ocurre con la poesía de **Rafael Alberti** cuándo muy tarde ya, a una edad en la que el propio poeta seguramente nunca imaginó esa posibilidad, se produce su vuelta a España? ¿Cómo es esta poesía?

Rafael Alberti regresó a España el 27 de Abril de 1977, tras la legalización del Partido Comunista de España. En junio se presenta a las primeras elecciones democráticas posteriores al franquismo en las listas de éste partido y gana un escaño por Cádiz al Congreso de los Diputados, pero ya en Octubre renuncia para seguir ejerciendo, como él mismo señaló, de “poeta en la calle”. En el zurrón que trae desde Roma, **Alberti** guarda varios libros cuya redacción está ya

muy avanzada: *Nuevas coplas de Juan Panadero*, *Fustigada luz*, *Amor en vilo* y algunos poemas más que incluirá más tarde en *Los Hijos del Drago*. En España, escribirá y publicará *Versos sueltos de cada día*, *Canciones de Altair* y la mayoría de los poemas de *Los hijos del Drago*. Además de estos libros, unas cuantas *plaquettes* completan la producción del poeta gaditano en esos años.

El primero de los libros citados, *Nuevas coplas de Juan Panadero* (1979), que comenzó en 1976 ante la inminencia de la vuelta a España,

En víspera de volver
es confuso lo que siento
y lo que quisiera hacer.

...

Tanto esperé, esperé tanto,
que no sé si mi canción
es canción o sólo es llanto.

Y no es que no quiera ir
es el no saber si el irme
es un volver sin partir...

es una muestra clara de lo que fue su “poesía en la calle”, la poesía comprometida en defensa del pueblo y de los intereses de la clase obrera que compuso enfebrecidamente en los años de la Segunda República y la Guerra Civil. Sólo que ahora, estas coplas se ponen al servicio de una causa que ya no es exactamente la misma y se sitúa en un momento histórico diferente:

Vota al PCE, y ese día
entra en el Ayuntamiento,
entra, pueblo, en tu alcaldía.

Te lo pide un gaditano,
la bandera verde y blanca,
la hoz y el martillo en la mano.

Fustigada luz (1980) es un libro de más variado aliento. A pesar de que el tema central del libro es precisamente el de la luz, el texto se despliega en una serie de claves expresivas y de temáticas que remiten al lector a toda la trayectoria anterior de **Alberti**:

Todos estos poemas van hacia la luz, aun aquellos más invadidos por la sombra. Casi todo ellos llevan nombre, responden a alguien, son para alguien... Pero la luz se encuentra allí, precipitada a veces..., velada a veces..., pero nunca muerta, porque es inmortal...

nos dice **Rafael Alberti** en un pequeño prólogo que abre el libro como una especie de declaración de intenciones. El libro se divide en nueve secciones que, aparentemente, no tienen una unidad predeterminada, pero precisamente la unidad que aparentan no tener es la que les da coherencia, porque cada una de las partes es una muestra del carácter misceláneo del libro. Así, en cada una de las secciones citadas se mezclan los poemas elegíacos con los himnicos, con los dedicados a la pintura, a Roma, a América, o simplemente con los poemas de encargo, encargos individuales o institucionales, que por cierto son muchos en el libro, desde los

dedicados a **Salvador Allende** o **Pablo Neruda**, hasta los dedicados a **Jerónimo González Martín** o **Paco Ramírez**. Quizá la sección más interesante y destacada del libro sea la sección sexta, constituida por treinta y seis pequeños poemas sin título que configuran un auténtico subpoemario, y que están dedicados al escultor **Genore Fabbri**. La colección se singulariza por su marcado tono pesimista que a veces, aunque la forma y la estructuración sean muy distintas, nos trae un eco de *Sobre los ángeles*:

Una voz larga, sorda,
pareciera ascender del fondo de las llamas,
de las profundas tripas ardiendo de la tierra...
... ..
Socorred a esos niños espantados
al filo de los muros,
en las sillas terribles.
Van a caer, Dios mío.
¿No hay piedad en el mundo?
¿Sólo el desprecio, el odio, la sordera
nos señalaron al nacer un día?

Sin embargo, en el cierre del poemario, **Alberti** vuelve a retomar al **Alberti** marinero y torero, al luminoso **Alberti** de los juegos verbales y el virtuosismo retórico puesto al servicio de la alegría y la broma. Ironía e incluso sarcasmo que el autor autoproyecta sobre su propia figura pública en el poema “Denuestos y alabanzas rimadas en mi propio honor”:

Es un poeta.
Es un buen poeta.

Es un gran poeta.
Es un grandísimo poeta.
Sin igual.
Genial.
Se puede decir que ya inmortal.
Aunque a mí me parece desigual.
Yo diría que ahora un carcamal.

Otro de los libros que **Alberti** publicó en esta época final de su trayectoria fue el que editó la colección Maillot Amarillo de la Diputación de Granada, dirigida por **Luis García Montero**, el libro titulado *Los hijos del Drago* (1986). El mismo autor colocó al frente de este libro una nota, que luego se respetó en la edición de sus *Obras Completas*: “Los poemas de *Los hijos del Drago* y *Amor en vilo* corresponden a dos libros en marcha, los demás poemas, a otros sin titular”. Nuevamente nos encontramos en este texto con el carácter misceláneo, ya que en sus dos primeras secciones recoge las primeras muestras de dos libros en marcha y el resto, a pesar de lo que diga la nota aclaratoria, está compuesto en su totalidad por poemas de circunstancias y de encargo, entre los que destacan los sonetos que **Alberti** escribió para la Diputación de Cádiz y que se presentaron en una ceremonia extraordinariamente marinera a bordo del *vapor* *retto* Alejandro II en mitad de la Bahía gaditana en el verano de 1983.

La primera sección está presidida por la figura simbólica del *drago*. El drago, como todo el mundo sabe, es un árbol de tronco leñoso de la familia de las liláceas, que crece muy lentamente pero que puede llegar a alcanzar una gran longevidad y unas dimensiones colosales. La corteza de algunos de

estos árboles segrega una goma, conocida como la “sangre del drago”, que al secarse adquiere el color rojo de la sangre y una textura quebradiza. Son famosos los dragos del Valle del Teide en Tenerife y en concreto el gigantesco ejemplar que crece en la localidad de Icod de los Vinos:

Tú te me apareciste de improviso,
callada y silvadora la cabeza,
corona oscura inmóvil
de trenzadas espadas en la tarde.
Tu sangre recorría las venas de los siglos...

Tal y como nos cuenta en este primer poema, **Rafael Alberti** quedó muy impresionado al conocer por primera vez al gigante de la naturaleza en el Valle del Teide. Lo dejó escrito en uno de los capítulos previstos para la continuación de sus memorias, *La arboleda perdida*, en las páginas de el diario *El País*, el 1 de abril de 1985, con el título de “Mucho antes del drago”. En este capítulo, **Alberti** hablaba de su conocimiento temprano de árboles, plantas, flores y pájaros, tanto españoles como americanos, y de cómo todos quedaron en segundo plano tras su encuentro con el drago, que estaba –cito textualmente– “en todo su asombroso poder, en toda su descomunal fuerza, en toda su imponente maravilla, la magia de su *sangre*, la inmovilidad de sus *espadas*, allá en Icod de los Vinos frente al Teide nevado”. Un año después, el 30 de Marzo de 1986, **Alberti** vuelve a hablar de este árbol en el capítulo titulado “El cometa y el drago”, describiéndolo ya como motivo poético: “...Ahora me encontraba ante el drago por segunda vez. El recuerdo que su imponente y mágica presencia me había dejado era alucinante. Pensé

en él casi constantemente. Y comencé a escribir unos poemas, algo que llegará –lo espero– a ser un libro que titulo *Los hijos del drago (Retornos de lo que no fue)...*”

Esa cola en la que también quiere reconocerse, no es otra que la de un nuevo tema recurrente que aparece en este libro, tras haberlo hecho con anterioridad en varios momentos de su obra, el tema del “cometa Halley”. Ya en *Marinero en tierra* podíamos leer:

Ya era yo lo que no era
cuando apareció el cometa.
Del mar de Cádiz, Sofía
saltaba su cabellera.
¡Ay, quién se la peinaría!

Y en *La arboleda perdida*:

“...el cielo de mi infancia en la bahía de Cádiz, aquel cielo que vi durante varias extasiadas noches, cuando tenía solamente ocho años, cruzado por el cometa Halley.”

Efectivamente, el cometa Halley desplegó su cola multi-color sobre España en el año 1910 y desde entonces, para **Alberti**, ese cometa fue un símbolo más de su propio vitalismo, de su ansia de vivir con el siglo, o al menos hasta la fecha prevista para la nueva aparición del cometa, el año de 1992. No pudo **Rafael Alberti**, por poco, ver el comienzo del nuevo siglo, pero sí la estela del nuevo Halley mucho más lejana y discreta que la que recordaba haber visto con aquellos ojos de 1910. En una entrevista concedida a **Fanny Rubio** para Televisión Española con motivo de la concesión del Premio Cervantes en 1983, decía **Rafael Alberti**:

—No estoy viejo para nada. Uno mi destino ahora al del cometa Halley, ese cometa que va a aparecer y que apareció en mi infancia, cuando tenía ocho años. Aparece cada setenta y seis años, es el cometa de mi nacimiento y el cometa de mi poniente.

Además de estas recurrencias simbólicas, el libro recoge algunos poemas de amor y un par de poemas agrupados bajo el epígrafe de “Otra vez el Otoño” en los que predomina el tono existencial, casi siempre pesimista, y centrado en el inexorable paso del tiempo. En el primero de estos poemas podemos citar dos versos que resultaron desgraciadamente premonitorios para el poeta, para ese “poniente” de su vida que unía al regreso del cometa Halley:

Yo sé que algo terrible me espera allá a lo lejos,
adonde ciegamente hoy me están empujando...

Como señaló en su momento **Emilio Miró** es una “doliente y lúcida meditación la de estos poemas de **Alberti**, estos “retornos de lo que no fue”, complementarios de aquellos *Retornos de lo vivo lejano* de su exilio argentino. Poemas breves, apretados, que rezuman la sabiduría de la experiencia, la realidad del hombre a solas consigo mismo, más allá de brillos y triunfos, de apariencias”.

Aunque en su edición de las *Obras Completas* de **Rafael Alberti**, **Luis García Montero**, afirmaba que “quizá *Versos sueltos de cada día* sea el mejor libro de los aparecidos en estos últimos años españoles”. Efectivamente, esta especie de diario poético, al estilo del *Cancionero* de su maestro **Miguel de Unamuno**, en el que se mezclan las canciones con los poemas breves, o con esa especie de subgénero albertiano que

podríamos definir como “aforemas”, es la muestra más lograda de la poesía escrita por Alberti en esta última época de su trayectoria. En la entrevista a **Fanny Rubio** que citábamos antes, añadía **Alberti**:

–Te quiero leer un poema que es respuesta a eso de la gente que cree que la vida y la edad están en la partida de nacimiento...

Algunos se complacen en decirme:
Estás viejo, te duermes,
de pronto en cualquier parte.
Llevas raras camisas,
cabellos y chaquetas estentóreos.
pero yo les respondo
como el viejo poeta Anacreonte
lo hubiera hecho hoy:
–Sí, sí, pero mis cientos de viajes por el aire,
mi presencia feliz, tenaz, arrebatada,
delante de mi pueblo...

Efectivamente, algunos, por entonces, se complacían en decirle que estaba viejo, cansado, que se dormía en cualquier parte y que seguía siendo un rojo extravagante. Mientras tanto, **Rafael Alberti** no sólo recibía el Premio Cervantes y una larga serie de homenajes y distinciones sino que además procuraba ganarse día a día un puesto entre la joven poesía española:

Recurriré a un lenguaje
total, desesperado,
para expresar aquello
que con el que ya sé me es imposible.

Este libro de **Alberti**, desde su organización como diario poético, no se limitaba a ser la crónica diaria de una historia pasada, de su experiencia, su bagaje y sus fantasmas, sino que buscaba ser el texto que, partiendo de la enorme sabiduría poética de todo un siglo, vivido y escrito entre otros por el autor, desembocara en la espontánea sencillez y en los nuevos planteamientos que se abrían paso por aquellos años en el panorama de la joven poesía española:

Estoy aquí en medio del océano
y viendo una película.
Estoy entre los peces y los ángeles,
quiero decir, aquí, lleno de angustia.

En definitiva, lo que podemos decir hoy, a casi veinte años de su primera edición, es que estamos ante un libro cuya principal virtud no es la de ser un inventario de la consumación poética y vital de un autor legendario, sino todo lo contrario: *Versos sueltos de cada día* es un diario de la resurrección, un proceso dialéctico que arrastrando materiales de derribo de la conciencia artística más importante de nuestro siglo irrumpió con sorpresa en las por entonces agitadas aguas de la nueva poesía española:

Ahora, tu imagen es esa:
un viejo joven y loco
gritando al aire sus versos.

Nunca un personaje fue construido tan sinceramente, tan vitalmente, con tanto riesgo, nunca –como diría Nietzsche– ha sido nadie tan solamente loco, tan solamente poeta. Desde esta

realidad es desde la que puede justificarse con fundamento la calificación de libro mayor que la crítica otorgó a *Versos sueltos de cada día*. Y no por el oportunismo de la simultánea concesión del Premio Cervantes, o por la situación política del momento, o por la supuestamente rentable amistad que le profesaron algunos de los poetas jóvenes más señalados:

Fea, horrible la gente
fea, fea
burguesía más fea,
aún a pesar de su acicalamiento,
y todavía más fea
bajo el contraste árido de las hojas
del otoño fantástico.

El entusiasmo que el libro despertó –y despierta hoy en día– se basa en la admiración, admiración hacia un libro y hacia un escritor de ochenta y un años, y que, sin embargo, se esforzó en todo momento por participar de las inquietudes, por adentrarse en las problemáticas tanto estructurales como formales y por transitar en un proceso dialéctico semejante al que podemos apreciar en los mejores libros escritos por los jóvenes que peleaban por ofrecer una alternativa a la fosilizada poesía española:

No obstante, este es el libro más importante de esta etapa, porque es también el libro de la “consumación”, en el sentido etimológico de la palabra, la realización total de una empresa, el libro de la consumación de un poeta que empleó toda su vida en la tarea de resolver el conflicto entre la pérdida de su personal paraíso perdido, la incesante elegía del marinero en

tierra, y la pérdida del posible paraíso material de todo un pueblo, el de España, y de todos los pueblos del mundo, el himno de los comprometidos con la vida. Un hombre que a los cincuenta años de todo eso, era todavía capaz de escribir sobre uno de sus temas favoritos del siguiente modo:

Dije de todo al mar.
Lo llamé bruto y tonto tantas veces,
Ahora estoy ante él, en esta tarde,
y es él quien desganado me repite:
“Más bruto tú y más tonto, tantas veces.”

Fanny Rubio en una crítica dedicada a este libro, concluía lo siguiente: “*Versos sueltos de cada día* es, además, un libro que remite al viaje simbólico del hombre por los senderos del vivir, en cuya búsqueda infinita se empeña. Quizás por eso regresan los lugares soñados, los lugares pendientes.”

“Nunca entré en Granada”. Durante muchos años, durante casi cuarenta años, este verso de **Rafael Alberti** fue el símbolo de la España trasterrada. También fue símbolo de la resistencia antifranquista y de la pérdida irreparable del amigo. Por eso, cuando **Rafael Alberti** entró en Granada el 24 de Febrero de 1980, no solamente se cumplía el anhelo fraternal de un anciano poeta castigado por mil batallas, sino que se cerraba el recorrido simbólico de un deseo cumplido hacia su trascendencia: la reconciliación de los españoles, el fin de la dictadura, el final de la guerra civil. Este verso, citado y cantado hasta la saciedad, forma parte del poema “Balada del que nunca fue a Granada”, incluido en el libro publicado en 1954 con el título de *Baladas y canciones del Paraná*:

¡Qué lejos por mares, campos y montañas!
Ya otros soles miran mi cabeza cana.
Nunca fui a Granada.

Mi cabeza cana, los años perdidos.
Quiero hallar los viejos, borrados caminos.
Nunca vi Granada.

El tema de **Federico** y Granada es un tema recurrente, un tema obsesivo en toda la trayectoria poética de **Rafael Alberti**. Ya en *Marinero en tierra* dedica tres sonetos “a Federico García Lorca en Granada”, más tarde, tras el asesinato del poeta granadino, la “Elegía por un poeta que no tuvo su muerte”, “Retornos de un poeta asesinado”, o la “Canción china en China”. En esta última etapa de su trayectoria, el tema además de como recurrencia, se ofrece a **Rafael Alberti** como una posibilidad real, como la posibilidad real de rellenar uno de los vacíos de toda su vida: entrar por fin en Granada, recorrer los lugares amados y frecuentados por el amigo, recuperar su memoria y contribuir también a la reconciliación de sus gentes. Ya en *Fustigada luz* el tema aparece hasta en cuatro ocasiones. En primer lugar, como una glosa de la famosa balada, como una recurrencia formal del tema siempre presente:

Ven a Granada. Y Granada
que estaba cerca, qué lejos
se fue aquella madrugada.

Ven en el verano. Y era
verano cuando en Granada
murió aquella primavera.

Después, como una canción dedicada al amigo asesinado:

En Víznar
el agua me espera
para llorar.
A Víznar
quizá llegue un día
para no llorar.

Más tarde, como diálogo imaginario con el amigo muerto:

Corro en llanto después de tantos años
Yo te dije que vinieras en verano
Te prometí que algún verano
Yo te estuve esperando
No fui porque no creía en lo que ha pasado
Si tú hubieras venido aquel verano
Tal vez no correría como ahora el llanto
Tal vez sería por mí y no por ti este llanto
Yo te sigo esperando
Hubiera preferido estarte yo esperando.

Y, por supuesto, también en tono de broma en sus
“Denuestos y alabanzas rimadas en mi propio honor”:

Hábleme usted sólo de Lorca,
de Lorca, Lorca, Lorca, Lorca.
De Federico García Lorca.

Ese sí.
¿Por qué me afirma usted que sí?
Pues porque sí, que sí, que sí...

C En estas dos últimas citas podemos apreciar otra de las obsesiones de **Alberti** asociadas con **Lorca**: el convencimiento culpable de que él debió ocupar el lugar del amigo asesinado:

No te tocaba a ti esa muerte. En la isla de Ibiza estaba yo cuando el 18 de julio estalló la insurrección militar. La guardia civil vino a buscarme. Huí. Diecisiete días anduve refugiado por los montes. Rainer María Rilke afirma que hay personas que mueren con la muerte de otro, no con la suya, la que les corresponde. Era la tuya la que debió tocarme a mí.

En el libro siguiente, *Versos sueltos de cada día*, el tema vuelve a repetirse, pero desde una perspectiva inédita, ya que, en el transcurso de la redacción del texto, el viejo anhelo encuentra su problemática realización, primero con temor, con prevención:

Me llaman de Granada.
Ahora me llaman de Granada.
Ahora yo debo ir a Granada.
No sé si quiero ir a Granada.
¡Oh, si yo hubiera ido aquellos años...!
Qué dolor y qué pena ir ahora a Granada.

Y más tarde con celebración y alegría, como en el poema que lleva la fecha de su entrada en nuestra ciudad:

Por la puerta de Elvira
entré hoy en Granada.
Dije: Entraré, hace años.

Y entré hoy en Granada.

...

Fue un día 24
de febrero en mi entrada.

Uno de los pocos encargos literarios que, realmente, llenan de orgullo a quien lee hoy aquí éstas páginas es el que le hizo, para ese mismo día, el redactor jefe de cultura por entonces del diario *Ideal*, **Miguel Martín Romero**, un artículo de bienvenida para **Rafael Alberti**, que titulé “Marineros en tierra” y que dos años más tarde sirvió de prólogo a la bienvenida marinera que le dedicaron en el bar La tertulia, Javier Egea y Luis García Montero. Esa primera visita de **Rafael Alberti** fue en su condición de “poeta en la calle”, a fin de apoyar con su presencia la campaña en favor del mejor Estatuto de Autonomía para Andalucía, pero a partir de ese momento las visitas de **Rafael** a nuestra ciudad, casi siempre por motivos más literarios que políticos, se sucedieron ininterrumpidamente durante más de diez años. A los dos años, el Aula de Poesía de la Universidad de Granada le dedicó una semana homenaje, llena de conferencias, recitales y encuentros. En esos días se fraguó la amistad de **Rafael Alberti** con varios jóvenes escritores y profesores granadinos (**Javier Egea**, **Luis García Montero**, **Juan Carlos Rodríguez**, **Andrés Soria Olmedo**, **Inmaculada Mengíbar**, **Luis Muñoz**, **Eduardo Castro** y un largo etcétera). Y en años sucesivos las visitas privadas se fueron alternando con los actos públicos, el Congreso de Poetas Andaluces por él presidido, que se celebró en Mayo de 1983, también como homenaje a **Elena Martín Vivaldi** y **Vicente Aleixandre**, numerosos recitales, mítines políti-

cos, días, tardes interminables en Granada o en los pueblos de la provincia.

Estas conexiones personales que **Rafael Alberti** estableció con varios poetas de nuestra ciudad, jóvenes por entonces, no me parecen solamente anecdóticas porque forman parte de ese proceso de restitución, de regresión positiva que vino a cerrar satisfactoriamente la herida abierta por la muerte de **Federico García Lorca**. Así, **Javier Egea**, perfeccionando cada día su papel de “escudero” a imitación viva del maestro; **Luis García Montero**, dedicándole, entre otros trabajos, su tesis doctoral —en cuya lectura estuvo presente el propio poeta— y preparando la primera edición de sus *Obras Completas*. El jovencísimo **Luis Muñoz**, que llegaría más tarde a convertirse en su secretario personal. Recuerdo también el volumen de artículos en su honor, cuya publicación dirigió nuestro malogrado compañero **Nicolás Marín López** y editó en 1985 el Departamento de Literatura de la Universidad de Granada; el movimiento de solidaridad hacia su figura que se generó en Granada reclamando la concesión del Premio Cervantes a subtrayectoria literaria; las continuas invitaciones para asistir a los innumerables homenajes que le dedicaban en toda España... ¡Tantos y tantos minutos compartidos, días de amistad, viajes pintorescos y larguísimos en los que se mezclaban la militancia política y la devoción poética!

Momentos que, tal y como certificaba su sección semanal en el diario *El País*, iban engrosando su nueva *Arboleda perdida* y que llenaban de un nuevo significado aquel antiguo símbolo, aquella antigua queja de su vida primera. Porque una simple visita protocolaria a Granada no hubiese bastado. Para deshacer el maleficio, para culminar su verdadera vida de poeta, Rafael necesitaba entrar en Granada del “modo”

que entró, conquistándola y convirtiéndola durante más de diez años en su casa.

No obstante, el destino es a veces más imprevisible e injusto de lo que podemos llegar a imaginar. Esa Granada “vívida”, apenas si tuvo tiempo de asomarse a su *arboleda* para volver a desaparecer de nuevo. Otras manos la suprimieron sin que sepamos todavía por qué oscuros motivos. Pero lo cierto es que ni siquiera los honores, los altos “doctorados honoris causa” de la Universidad de Granada han permanecido en la edición de la “nueva arboleda”, ni siquiera en el curriculum oficial del poeta. Granada es en esos dos lugares apenas una sombra entrevista por los olivos.

A pesar de todo, lo cierto es que los últimos años vivos y fructíferos del maestro gaditano estuvieron estrechamente unidos a la ciudad de Granada, unidos por lazos históricos y legendarios, temáticos y obsesivos si se quiere, pero también por los lazos de la proximidad, de la amistad y la familiaridad. En cierto modo, podemos afirmar que **Alberti** “consumó” satisfactoriamente uno de sus anhelos más antiguos, gracias al calor, a la acogida y a la amistad que le brindaron las jóvenes generaciones poéticas granadinas, herederas del legado de su antiguo amigo fraternal **Federico García Lorca**. Y desde Granada podemos afirmar hoy que **Rafael Alberti** también fue dichosamente, durante bastantes años, al igual que **Federico**, “nuestro” poeta mayor, nuestro gran poeta.

ÁLVARO SALVADOR JOFRE
(Granada en 1950)

Escritor y profesor universitario, actualmente reside en Granada, ciudad en la que trabaja como catedrático de Literatura Hispanoamericana y Española. Doctor en Filología Románica desde 1983 en dicha universidad, ha sido también profesor e impartido cursos, seminarios y conferencias en otras universidades.

Entre sus publicaciones de crítica destacan trabajos como *Para una lectura de Nicanor Parra* (Sevilla, 1975), *Rubén Darío y la moral estética* (Granada, 1986), *Introducción a la literatura hispanoamericana* –en colaboración con Juan Carlos Rodríguez– (Madrid, 1987, 2ª ed. 1994, 3ª ed. 2005), y las ediciones críticas de *Azul... y Cantos de vida y esperanza* (Madrid, 1992) y *Prosas Profanas* (Madrid, 1999) de Rubén Darío, así como la *Poesía completa y Prosa Selecta* de Julián del Casal (Madrid, 2001), *Las rosas artificiales* (Sevilla, 2003) y *Letra Pequeña* (Granada, 2004). En 2002, recibió el premio Casa de las Américas de Ensayo por su obra *El impuro amor de las ciudades* (La Habana, 2003). También ha colaborado con artículos en distintas revistas especializadas como *Cuadernos Hispanoamericanos*, *Insula*, *Litoral*, *Hora de poesía*, *Revista Iberoamericana*, *Ideologies & Literatura*, *Revista de crítica literaria latinoamericana*, etc. Actualmente prepara una edición de la *Poesía Completa* de Rubén Darío.

En cuanto a obra de creación, ha publicado hasta el momento nueve libros de poemas entre los que destacan *La Mala Crianza* (Málaga, 1974 y 1978), *Las Cortezas del Fruto* (Madrid, 1980), *El agua de noviembre* (Granada,

1985), *La condición del personaje* (Granada, 1992) o *Ahora todavía* (Sevilla, 2001) Una amplia selección de los mismos ha sido incluida en el volumen antológico *Suena una música* (Valencia, Pre-textos, 1996) Ha publicado también varias obras teatrales como *Don Fernando de Córdoba y Valor* (Sevilla, 1983) y *El día en que mataron a Lennon* (Castellón, 1997), así como las novelas *Un hombre suave*, (Madrid, 2000) y *El prisionero a muerte* (Sevilla, 2005). Por estas y otras obras le fueron concedidos los premios *García Lorca* (1970), *Nacional Universitario* (1972), *Ciudad de Granada* (1980), *Hermanos Machado* (1981), *Jaén* (1991) y *Ciudad de Castellón* (1996), entre otros. Junto a Luis García Montero y a Javier Egea promocionó a comienzos de los años ochenta la tendencia poética conocida como *otra sentimentalidad*, germen de lo que años más tarde sería la llamada *poesía de la experiencia*.

Formó parte del consejo de redacción de revistas como *Letras del Sur*, *Olvidos de Granada* y *La Fábrica del Sur* y actualmente del consejo asesor de la revista *Anales de Literatura Hispanoamericana*, editada por la Universidad Complutense y de *La Estafeta del viento*, editada por la Casa de América de Madrid. Es también miembro del consejo asesor de la colección de libros de poesía *Vandalia*, editada por la Fundación Lara y del Festival Internacional de Poesía Ciudad de Granada. Desde 1978 a 1984 fue director del Aula de Poesía de la Universidad de Granada y desde 1989 a 2000 director del Seminario de Estudios Latinoamericanos. Del mismo modo, desde su fundación en 1992 ha sido miembro de la Junta Directiva de la *Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos*.

CONTESTACIÓN
DEL
ILMO. SR. DON EDUARDO CASTRO

Excmo. Señor Presidente,
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,
Señoras y Señores:

VINE a instalarme en Granada, con idea de permanencia definitiva, en una época tan fructífera para la ciudad y para mí mismo, desde el punto de vista literario, como la década de los 70 del ya pasado siglo. Eran años de jóvenes melencólicos, músicas rebeldes, revistas contestatarias, militancias clandestinas, huelgas obreras, revueltas estudiantiles, comunistas encarcelados, manifestantes asesinados... Eran años de lucha antifascista y panfletos impresos en viejas “vietnamitas”, años en los que algunos defendíamos con ardoroso entusiasmo la alianza estratégica de las fuerzas del trabajo y la cultura para la restauración de la democracia que el franquismo nos había arrebatado tras la caída de la Segunda República. Otros, en cambio, preferían por su parte hacer la vista gorda a la espera de tiempos mejores, o bien circunscribían a lo más sus críticas opositoras a la tribuna restringida de su propio círculo profesional o universitario. Y mientras éstos se dedicaban a mejorar su currículum, perfeccionar su estilo o redondear sus versos con la exclusiva preocupación de asegurar su futuro intelectual, artístico o literario, como si tuvieran la certeza de que el régimen terminaría cayendo por sí solo, otros se inclinaban sin dudarle por arrimar el hombro para acelerar su final. Así, frente a los poetas de mesa-camilla (como Antonio Enrique acertó un día a definírmelos), otros no dudaban en

echarse literalmente a la calle para denunciar los crímenes de la dictadura, reclamar la amnistía política y exigir la restitución de las libertades democráticas. Fue por aquel entonces, entre aquellas inquietudes y aquellas batallas, cuando conocí a Álvaro Salvador, en una universidad todavía anclada en el pasado y dominada por el franquismo. Fue entonces también cuando descubrí su brillante porvenir poético tras la consecución del premio García Lorca con su primer libro (*Y...*) y la calidad del siguiente (*La mala crianza*); cuando intuí su prometedora carrera teórico-investigadora iniciada con la publicación en 1973 de su magnífico ensayo sobre uno de mis autores hispanoamericanos preferidos, Nicanor Parra; cuando participé de su mano en aventuras literarias como el Colectivo 77 y la revista *Letras del Sur*; cuando compartí con él y otros cuatro incipientes narradores el volumen de relatos *Se nos murió la traviata*; cuando coincidí con él en los entrañables *Pliegos Literarios* con los que Antonio Sánchez Trigueros aleccionaba a sus alumnos de los cursos de Estudios Hispánicos; cuando me entusiasmé con la sociedad lírico-experimental surgida del laboratorio teórico-gramsciano de Juan Carlos Rodríguez, me refiero al movimiento conocido como “la otra sentimentalidad” y basado en los pilares del trío que comandaba el irrepetible y llorado Javier Egea, y completaban Luis García Montero y el propio Álvaro Salvador; fue entonces, en fin, y por decirlo con sus propios versos, cuando entre nosotros “la amistad / quedó prendida / del laurel” ya para siempre. Y fue al final de aquella década cuando Rafael Alberti entró por fin en Granada.

Había muerto el dictador, entre tanto; se había organizado y celebrado el famoso “cinco a las cinco” de 1976, aquella histórica media hora de libertad en Fuente Vaqueros; había

también llegado la ansiada democracia, cuando pudo por fin entrar en Granada el maestro de la poesía en la calle, el “marinero en tierra” que nunca antes había pisado los campos y montañas “del mejor amigo”, que jamás había disfrutado los jardines, los mirtos y los patios “del mejor hermano”, que no había cumplido aún la promesa hecha 44 años antes al amigo, al hermano muerto, muerto con la muerte que a él le tocaba y de la que uno de sus muchos ángeles guardianes le libró llevándose a Ibiza al inicio de aquel fatídico verano del 36. Vino por fin el “juan panadero del pueblo” a cumplir la palabra dada a Federico, y lo hizo entrando a lo grande por la Puerta de Elvira, recibiendo la llave de la ciudad que llevaba 44 años esperándolo y en la que vino a pedir el “Sí” a la autonomía plena del artículo 151, frente a la del 143 con la que UCD pretendía humillar a los andaluces, insultando además a los asistentes al mitin del PCE con el bombardeo desde una avioneta de miles de pasquines impresos con la vergonzosa leyenda abstencionista de “Andaluz, éste no es tu referéndum”.

Calificado entonces por unos como “poeta panfletario” y considerado por otros como “el más grande poeta con que cuenta la clase obrera”, lo cierto es que Alberti había sido y seguía siendo para todos no sólo “el poeta maldito del fascismo”, sino también uno de los más grandes de la Generación del 27. “Yo sentí la muerte de Federico de una manera muy intensa”, recordaría más tarde el poeta mientras recorría los parajes de Víznar y Alfacar en donde el amigo se había cruzado fatalmente con un destino que no era a él a quien correspondía, sino a sí mismo, en su opinión. “Sentí su muerte como mía propia”, repetiría a sus acompañantes junto a la Fuente Grande, la legendaria fuente de Aynadamar cuyas burbujeantes lágrimas llevaban ya más de cuatro décadas llo-

rando la trágica e injusta muerte del más grande poeta que Granada haya dado nunca, llorando por la “sangre caída del mejor hermano”, vilmente ejecutado y enterrado junto a otros tres desgraciados republicanos en una de tantas “sepulturas sin losas” en las que “los muertos se extravían en silencio, / silencio entre descargas”, en versos no ya de Alberti, sino de Jorge Guillén. “En aquella época”, sigue de nuevo el relato del gaditano, “yo estaba en la isla de Ibiza, donde me sorprendió el alzamiento fascista y me pasé veintitrés días refugiado en una cueva. Luego, cuando Ibiza fue liberada y pude regresar a la capital, me enteré, a través de un evadido de la zona de Granada, que a Federico lo habían fusilado en el barranco de Víznar. Todos los amigos nos quedamos atónitos, porque no podía ser verdad algo tan disparatado como aquello. Imaginaos lo que fue, una cosa tan terrible que todavía no ha parado de desprestigiar en el mundo a los franquistas”. Ésas fueron las palabras de Alberti aquel día en los parques donde la muerte que a él le tocaba “malamente, a sabiendas, equivocó el camino” para cobrarse la del mejor amigo. Así fue cómo nos contó a quienes le acompañábamos aquel día el dolor de haber visto al mejor hermano como él hubiera estado, si le correspondía. “Mas si mi muerte ha muerto, quedándome la tuya, /si acaso le esperaba más bella y larga vida”, había escrito el del Puerto de Santa María en 1937, “haré por merecerla, hasta que restituya / a la tierra esa lumbré de cosecha cumplida”. Una cosecha que Alberti supo merecer con su estrecha vinculación posterior con Granada y que gracias a nuestro nuevo compañero, Álvaro Salvador, hemos podido aquí recordar esta tarde. Reciba por ello, pues, el reconocimiento de mi felicitación más sincera y sea bienvenido a esta su casa de la Academia de Buenas Letras.

Este discurso, editado por la
Academia de Buenas Letras de Granada,
se acabó de imprimir en Granada,
el 5 de junio de 2006,
CVIII años del nacimiento
del poeta granadino
Federico García Lorca,
en los Talleres de La Gráfica S.C. And.,
estando al cuidado de la edición
el Ilmo. Sr. D. Pedro Enríquez,
Bibliotecario de la Academia.

Granada,
MMVI